

LA BAÑISTA Y EL ESTANQUE DE CANTARRANAS de Marianios

Si vivís o estáis de paso en Zaragoza, y os encontráis deambulando por el barrio de San José, no dejéis pasar la oportunidad de ir a visitar el parque de la Memoria, donde la estatua de la bañista os estará esperando dispuesta a contaros la historia reflejada en sus ojos.

Hace unos cuántos años, cuando las ranas del estanque cantaban, un niño y un viejo posaban la mirada en el estanque de Cantarranas; El niño miraba la pelota que se le había caído al agua; el viejo, las cinco ranas de forja que surgían de entre las aguas.

- Venga, hijo, vámonos, ya te compraremos otra.- Dijeron los padres del niño, alejándose dispuestos a volver a casa.

Pero el niño no quería abandonar su posesión y, con la inconsciencia propia de la infancia, cogió un palo y se encaramó a la valla que rodeaba el estanque, dispuesto a recuperarla. Y, cómo no, se cayó al agua. Entonces, la estatua se levantó de su pedestal, cogió al niño en el aire y lo llevó a tierra junto a su pelota. El niño, confundido, corrió hacia sus padres y se olvidó del suceso, pero el viejo, que lo había visto todo, se quedó contemplando la estatua, que volvía a su posición habitual.

Llevaba mucho tiempo viviendo en el barrio, pero nunca se había detenido a observar aquella estatua. Era la escultura de una mujer en traje de baño, dispuesta a bañarse en el agua del estanque. Frente a ella, cinco ranas con la boca abierta daban la impresión de estar cantando.

- Siempre me he fiado de mi vista. Sin embargo, juraría que acabas de moverte.- Dijo el hombre, hablándole a la estatua.

No obtuvo ninguna respuesta, como era lógico. El viejo se dio la vuelta para irse a casa, pero entonces escuchó:

- ¡Croá!- Y una voz clara y suave le dijo:

- Si quiere saber venga más tarde, al anochecer, cuando los murciélagos relevan a las palomas y me hacen compañía.

Miró al estanque de nuevo pero todo seguía en calma, como hacía unos instantes. Todo era increíble, pensó, pero no tenía nada que hacer y decidió volver más tarde.

Al ponerse el sol, el viejo volvió al parque. La luna llena se alzaba en el cielo e iluminaba la cara de la escultura con la que había quedado.

- ¿Y bien? ¿Qué tienes que contarme? ¿Cómo es posible que puedas moverte?- Preguntó al aire.

La estatua movió imperceptiblemente los ojos, mirando de reojo asegurándose de que no hubiera nadie más a su alrededor. Después, con un gesto, ordenó a las ranas que se acercaran. Estiraron sus ancas de bronce y, de un salto, se subieron al pedestal de su compañera.

- ¡Croá! ¡Croá!- Comenzaron a cantar.

- ¿Que cómo puedo moverme?- Dijo de repente la estatua.- ¡Todas las estatuas podemos hacerlo!- Soltó una risa, y añadió:

- No iba a dejar que ese niño se ahogara, ¿No?

- ¡Es increíble! Estoy hablando con una estatua. ¿O es que estoy perdiendo la cordura?

- Tranquílcese, está perfectamente. O no, no lo sé, pero yo soy real.

- ¿Y por qué me lo cuentas a mí?

- Porque quiero hacer un pequeño viaje, y necesito que alguien me ayude.

- Cuéntame.

La bañista cogió una de las ranas y comenzó a acariciarla mientras contaba su historia.

- Al principio, cuando me colocaron aquí, el agua estaba limpia y era transparente. Yo estaba recién pintada y completamente limpia, y por las noches podía bañarme en este estanque con mis ranas. Pero con el paso del tiempo, el agua se ha vuelto turbia, sucia y pestilente. En otoño las hojas de los árboles se caen y se quedan flotando hasta el verano. El fondo está cubierto de algas y los peces que otrora nadaban por aquí y jugueteaban alrededor de estos anfibios, esos, no volverán. Hace tantos meses que no me baño que ni me acuerdo de la sensación del agua en mi piel.

- Eso es muy triste, pero... ¿Cómo puedo ayudarte?

- Quiero ver de dónde viene y a dónde va este agua, y saber si en esas apartadas orillas la luna brilla más pura y si se respira mejor.

- Será difícil llevarte hasta el canal, y todavía más llevarte hasta el Ebro. No creo que pase desapercibida una mujer de tres o cuatro metros en bañador, aunque...

- ¿Aunque?

- Espera, se me ha ocurrido un plan. ¡Enseguida vuelvo!

Y diciendo eso, se marchó. La estatua se quedó esperando, rodeada de ranas croando.

Un rato después, oyó un bocinazo. Se había quedado un poco traspuesta, y el ruido le sorprendió.

- Señorita, por aquí, venga.- El viejo salió de un vehículo con una manta.

La estatua no se lo pensó dos veces, y con rapidez se bajó de su pedestal y echó a correr hacia la furgoneta. Era la primera vez que lo hacía.

- ¡Adiós, Platea, adiós, Clarine, adiós, Talia, Momo y Folie!- Se despidió de las ranas y éstas le despidieron con su canto, mientras ella se ponía la manta sobre los hombros y se metía en la furgoneta.

- Primera parada, el canal imperial.- Dijo el hombre. Condujo un trecho hasta llegar a una explanada por la que cruzaba el canal.

- Bueno, aquí estamos. No se ve muy bien porque es de noche, pero...

- ¿De aquí viene el agua? ¡Es horrible! Casi es mejor que no se vea, porque si tiene este aspecto a la luz de las farolas, no me quiero imaginar cómo se ve de día. Este agua está todavía más fangosa que la que llega a mi estanque. ¿Y qué es eso que asoma por ahí? ¿Una bicicleta, o un parking entero? No me puedo creer que esos patos hayan decidido poner su nido entre esta maleza inmunda. ¡Qué asco! Hay basura por todas partes. Prefiero no verlo.- Dijo, ocultando la cara entre las manos.

- Está un poco dejado, pero lo limpian de vez en cuando...-

- ¿Cuándo, de milenio en milenio?

- Bueno, siento que no te haya causado una buena impresión. ¿ Por qué no visitamos el Ebro? Seguro que te gusta más.

Volvieron a subir a la furgoneta, con la que atravesaron de nuevo la ciudad hasta llegar a la orilla del río.

- Bueno, espero que el río te ofrezca una mejor impresión. Mira, allí está el puente del tercer milenio, que lleva a la avenida Ranillas. Ranillas, qué coincidencia, ja, ja. Y allí es dónde construirán la exposición universal el año que viene. El tema principal será el agua.- El viejo miró a su acompañante, que parecía asombrada.

- El agua.- Repitió la estatua.- Es maravilloso. Qué cantidad... aquí podría

nadar y bucear todo lo que quisiera y no encontraría ningún límite. Pero también está sucio. Nadie diría que aquí hubo en su época un puerto fluvial. ¿Por qué? ¿Por qué no cuidáis de vuestras masas de agua?

El hombre no supo qué responder. También él pensaba que deberían limpiar tanto el canal como el Ebro, ¿Pero a quién iba a quejarse?

- Bueno, está bien. Estoy contenta de haber podido venir. Ya podemos volver.

Hombre y estatua volvieron en la furgoneta hasta el estanque, donde se despidieron. La estatua, desanimada, volvió a su pedestal dónde adquirió su eterna posición, y el hombre volvió andando a su casa.

Aunque todavía tenía mucho que hacer.

Al día siguiente, cuando la bañista abrió los ojos, se encontró con que su estanque estaba completamente limpio. No había rastro de papeles, latas, hojas secas, algas, plásticos... El agua estaba transparente, y dejaba ver a los peces que nadaban bajo sus ondas. Bajó la cabeza para verlo mejor, y se dio cuenta de que incluso ella estaba recién pintada y recién lavada. Supo al momento quién había llevado a cabo esta gran obra, y cuando volvió a ver al hombre que le había ayudado, le dio las gracias de la mejor forma que sabía; con una canción dedicada de sus ranas.

Ésta es su historia. Muchos creerán que no es cierta, que sólo es un cuento, pero si vas de noche al parque de la Memoria y te pasas por el estanque de Cantarranas, si tienes suerte, verás que falta la estatua de la bañista, que se está bañando con sus amigas las ranas cantando bajo la luna